



UNA PREGUNTA COMPROMETIDA

Luis M.^a de Benito S. I.

Cambiar la trayectoria de un pensamiento colectivo acumulado por siglos es algo que psicológicamente parece imposible. Una creencia transmitida de padres a hijos se defiende con el corazón cuando ya no se puede defender con la lógica del entendimiento. Si además esa creencia o esa trayectoria del pensamiento entraña una verdad religiosa, entonces el problema se agudiza, y es necesaria la intervención de la gracia de Dios, de una fuerza sobrenatural, para dar un cambio radical a la propia manera de pensar. ¿Es éste el caso de las Iglesias protestantes con respecto al dogma católico de la Maternidad divina de María?

Divergencia fundamental

Aquellas Iglesias arrancadas al seno de la verdadera Iglesia de Cristo por la mano violenta de Lutero, a medida que se apartaban de la luz que irradia el centro romano de la unidad eclesial se iban apartando también del regazo de la Madre de Dios. Hasta llegar a poner como uno de los puntos fundamentales de las divergencias católico-protestantes lo que los reformadores llamaron «Mariolatría», culto de adoración a la Madre de Dios.

Con todo, cabe el preguntarse si esa trayectoria protestante, encarnación última de la doctrina nestoriana, que no ve en la Virgen sino a una mujer santa, madre del Cristo Hombre, pero no del Cristo Dios, o a la ma-

dre de un Cristo que no es Dios, es capaz de ser superada.

Encuesta atrevida

Ha sido en 1954, en pleno siglo de los «tests» y de la estadística, cuando el Reverendo Kenneth Dougherty, S. A., hijo espiritual del gran convertido Paul de Graymoor, se ha decidido a compulsar en las Iglesias protestantes norteamericanas por medio de una encuesta atrevida y singular, cómo sigue el pensamiento reformador con respecto a la Maternidad divina de María. Se trata, ciertamente, de una encuesta hecha sólo entre norteamericanos, pero creemos que sus resultados reflejan el estado de muchas denominaciones protestantes del resto del mundo.

En Abril de 1954 se lanzó el P. Dougherty a proponer a doscientos setenta pastores protestantes de diecisiete sectas distintas estas tres preguntas:

- 1) ¿Cree Ud. que María es la Madre de Dios?

Resultados de la encuesta

Cien respuestas son suficientes para darse una idea general bastante aceptable del conjunto. He aquí en un cuadro los resultados de la encuesta por lo que toca a la primera pregunta, que es la fundamental:

	Afirmativa	Negativa	Dudosa
Episcopalianos	11	7	—
Baptistas	2	9	5
Luteranos	5	12	4
Presbiterianos	—	9	—
Metodistas	3	14	4
Sectas menores	1	12	2

Como se ve a simple vista hay dos posiciones extremas entre las que se enmarcan dos tendencias generales. Los primeros son los episcopalianos quienes en mayoría admiten el dogma; los últimos son los presbiterianos, que lo rechazan sin concesiones de ningún género. A unos y otros se les acercan más o menos las otras sectas según sea el concepto que tienen sobre la Encarnación de Jesucristo.

Un extremo favorable

Los episcopalianos, en otro tiempo acer-

- 2) ¿Qué razones da para creer o no creer en este dogma?
- 3) Si Ud. cree en la Maternidad divina de María, ¿qué devociones practica?

Las dos primeras, como se ve, se clavan en el blanco de las divergencias católico-protestantes por lo que se refiere a la persona de María. La tercera, no es sino una derivación necesaria de las dos primeras.

Inmediatamente surge la curiosidad: ¿qué actitud han observado los interrogados con respecto a preguntas tan audaces? Como era de esperar no todos se hicieron eco de las preguntas del P. Dougherty. Solamente cien respondieron. La mayoría, amablemente; unos pocos, con cierto temor a una «intriga romana».

Y como detalle un tanto aleccionador cabe notar el que algunos de estos Pastores han dado las gracias por haber sido escogidos para la encuesta e incluso han pedido información sobre la Mariología católica.

Los perseguidores de toda devoción mariana, son, según nuestra encuesta, los más numerosos en defender el dogma de la maternidad divina de María. Y esto ¿por qué?

Un Profesor del Seminario de New Haven, (Connecticut), propone un raciocinio sincero y admite noblemente la conclusión: «Nuestro Señor es el Hijo Divino de Dios. Luego su Madre, la Stma. Virgen puede ser llamada con todo derecho "Madre de Dios"».

A lo cual añade una religiosa episcopaliana de Peekskill, Nueva York: «Es lo único razonable que se puede pensar, si se cree en la Encarnación».

Es decir, que admitida la Encarnación no se puede negar la Maternidad divina de María. Exactamente lo que hemos pensado siempre los católicos sin cambiar un ápice.

El extremo contrario

Veamos ahora qué razones dan los del extremo opuesto. Si analizamos el por qué de la negativa tan rotunda de los presbiterianos veremos que su alejamiento se debe a una falsa concepción de los términos y a no poco apasionamiento anti-romano. Desde Broomfield, New Jersey, escribía un Profesor: «María nunca se atribuyó el título de Madre de Dios. No hay tal reconocimiento en el Nuevo Testamento. Esta idea es un desarrollo tardío de la Teología cristiana. Una falsa creencia conduce al pueblo a dar más fuerza a la persona de María que a la de Nuestro Señor Jesucristo por lo que se refiere al plan divino de salvación. Ninguno de los contemporáneos del Señor creyó en Él porque María fuese la Madre de Dios...»

A todas luces es manifiesto el desenfoco de nuestro problema. Pero todavía hace falta un dato más para comprender esta posición. No poco de la teología protestante tiene su fundamento en el hondo desprecio por la Sede Romana. Para confirmar esto nos basta aducir las palabras de otro Profesor, esta vez del Seminario teológico presbiteriano de Louisville, Kentucky: «El "romañismo" ha olvidado la Teología cristiana...»

Nos preguntamos con toda sinceridad: ¿qué católico ha afirmado nunca que María vale más que Cristo en la obra de la redención? Abramos las páginas de cualquier Mariología católica. Los teólogos católicos tributan a María el culto de «hiperdulia», que no es ciertamente de adoración o «latría». María nunca ha sido ni será para los católicos una diosa, sino la Madre de Dios a quien por su excelsa dignidad se le debe un culto mayor que a los demás santos, —esto es hiperdulia— pero infinitamente distante del culto debido a Dios, porque Ella no deja de ser una pura criatura, aunque sea la Madre de Dios. Nunca jamás nadie dijo lo que nos echa en cara un Pastor presbiteriano de Washington: «La Deidad no se deriva de

Ella... Ella no pudo hacer de Jesús un Dios». En lo cual lleva toda la razón, pero los católicos nunca dijimos lo contrario.

Balance y motivos

Conviene señalar un hecho evidente del que hicimos mención líneas más arriba. Observa el P. Dougherty que a medida que las denominaciones protestantes más se alejan del Cristo-Dios se alejan también más del dogma de la divina Maternidad de María. Y esto es evidente, pues si uno cree que Cristo no es más que un mero hombre, dentro del cual mora la divinidad como en un Sagrario, la Madre de ese hombre nunca podrá ser llamada Madre de Dios. Pero si admitimos que la naturaleza humana que el Espíritu Santo formó en las entrañas inmaculadas de María fue asumida en el mismo instante por la Persona del Verbo, entonces la Madre de ese Hombre será al mismo tiempo la Madre de Dios.

Con todo, ¿se podría hablar hoy día de un avance entre las iglesias protestantes hacia el dogma de la Maternidad divina de María?

No se puede hacer una afirmación rotunda. Parece evidente, refiriéndonos a EE. UU. concretamente, que entre la secta episcopaliana se va avanzando, lo mismo que en las demás denominaciones de esta extrema derecha del protestantismo. Por el contrario, en la extrema izquierda las cosas siguen como hace cuatro siglos. Ahora bien, hay un hecho manifiesto que no podemos ocultar y que debe mantener nuestra esperanza de católicos, y es que muchos de los prejuicios e ideas que los protestantes tienen contra la Madre de Dios se deben a un desconocimiento total del dogma católico.

Supuesta esa ignorancia, su posición es perfectamente explicable. Necesitan, pues, conocer la verdadera doctrina católica sobre la Madre de Dios. Este conocimiento, y consiguientemente, el cambio de una manera de pensar plurisecular, es obra ciertamente de los hombres, con la divulgación apta de la doctrina verdadera, pero mucho más lo es de la gracia de Dios que da el conocer, el aceptar y el querer.